

# Creació literària

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE MUJERES ARTISTAS  
EMPODERARTE SILVIA MARTÍNEZ CANO  
Y PEPA SANTAMARÍA

---

## Vientres de alquiler

### *Surrogacy*

El debate social sobre la maternidad subrogada y su repercusión en el cuerpo de las mujeres y sus derechos y libertades, hace que nosotras, EmPoderArte, una asociación de mujeres artistas, elijamos esta temática para un proyecto colectivo de denuncia y reflexión. EmPoderArte propone a través de este proyecto un trabajo de concienciación y visibilización de este tema en los ámbitos culturales y sociales. Queremos plantear un conjunto de cuestiones tanto éticas como jurídicas, que subrayan la posición de vulnerabilidad de las mujeres en estas transacciones comerciales que configuran a las mujeres como objeto de uso y consumo para los demandantes de este «servicio».

El mercado neoliberal nos ha enseñado que, dependiendo de las posibilidades económicas personales, los deseos propios pueden siempre ser complacidos. Esta máxima supone un conflicto ético entre la dignidad de la persona y la transacción comercial: una mujer que elige «libremente» alquilar su vientre y el deseo (que no derecho) del/la comprador/a de su hijo/a. El contrato es una relación desigual, en donde uno de los actores es una mujer en condiciones económicas precarias en la mayoría de los casos. Como dice Beatriz Gimeno (2017), «comprar un embarazo, un órgano, sangre, óvulos, corneas... no es un derecho de nadie. Convertir deseos en derechos es lo que hace el neoliberalismo, dinero mediante, naturalmente».

La obra de la artista Amalfy Fuenmayor «Avicultura profesional» (33x33 cm, 2016) refleja esta situación de compra/venta no tanto de un producto/objeto sino de la capacidad reproductiva de la mujer, separando esta capacidad del resto de la identidad personal. La relación que Fuenmayor establece en su *collage* entre el órgano reproductor femenino y las herramientas de la compra/venta, en este caso, la tarjeta bancaria, pone de manifiesto que los vientres de alquiler pueden constituirse, si no



intervenimos en ello, en una transacción comercial más, en otra mercancía dentro del sistema capitalista de la oferta y la demanda.

Aceptar los vientres de alquiler supone estar de acuerdo con otorgar la categoría de derecho a lo que en realidad son deseos personales y construirlos como un gesto de libertad radical de la persona. Para satisfacer este deseo de progenitura, aquellas personas que no pueden conseguirlo de manera natural optan, no por otras posibilidades como la adopción, sino por el alquiler del cuerpo de una tercera persona (una mujer), de forma temporal para la gestación de una nueva vida.

La adopción no implica remuneración económica a las madres biológicas, sino que se fundamenta en la acogida gratuita de un/a menor en situación de abandono para que tenga una vida digna, por lo que el derecho es del menor y no de la persona o la pareja que decide adoptar. En el caso de los vientres de alquiler el derecho se le atribuye a la persona o pareja que decide establecer un contrato con una tercera persona. Se trata, por tanto, de una perspectiva «voluntaria» de la subrogación del demandante y la ofertante, amparándose en la «libertad» de la persona y en sus derechos como ciudadana. Sin embargo, entendemos que cuando se vulnera la vida y los derechos de las mujeres, para uso y disfrute de otros, estamos ante una práctica inmoral que atenta contra la dignidad de las mujeres.

Alicia Miyares (2017) expresa este conflicto como una lucha de algunas personas contra la realidad. La persona quiere imponer sus deseos personales sobre la realidad posible, es decir, quiere imponer el deseo de la maternidad o paternidad sobre la imposibilidad biológica. Cuando se aprovechan estos deseos como estrategia para sacar beneficio comercial, se hace a costa de la vida de otras mujeres, usando su cuerpo. En este sentido, consideramos que es una perversión del mercado que cosifica cualquier elemento social, incluidos los derechos de la persona, susceptible de ser vendida y comprada. Los cuerpos, y en especial los de las mujeres, convertidos en objeto de transacción para el beneficio de la persona demandante, son violentados por un sistema económico perverso, centrado en el beneficio y no en el respeto y el intercambio.



La artista Cristina Gutiérrez Meurs en «Calla, calla» (videoarte, 4 min, 2016) reflexiona sobre hasta dónde pueden llegar las consecuencias del deseo de tener

un bebé. La imagen pone de relieve el cuerpo de una mujer que se modifica artificialmente para simular un embarazo, bajo la pregunta «¿todo vale?» No es sino el encuentro con la libertad y derechos de la mujer embarazada el que pone límite al mercado. ¿Se puede reducir la identidad de la persona a cumplir el papel de vasija? ¿A una mera receptora y portadora de vida?

Asunción Bau incide con su obra «Mujeres vasijas» (33x33 cm, 2018) en esta cuestión. ¿Acaso podemos continuar usando el cuerpo de las mujeres como una herramienta del sistema neoliberal? Marivi Ibarrola explicita esta pregunta poniendo en el cuerpo femenino y la vasija en su fotografía «Alma en pena» (1979).



El mercado construye un negocio con succulentos beneficios, manipulando el deseo de las personas que no pueden tener hijos (Miyares, 2017). Se les ofrece un medio para alcanzar ese deseo. Y se constituye en una compleja máquina comercial con agencias de intermediación y despachos de abogados que actúan y gestionan con total impunidad en países que, como en España, no hay una regulación clara. La concepción neoliberal y cosificada de la vida está promoviendo y justificando otras prácticas sociales que tampoco respetan la dignidad de las mujeres como la prostitución, el tráfico y la trata de personas o la explotación en los trabajos del cuidado. Todas ellas afectan directamente a los cuerpos y las vidas de las mujeres y todas ellas se aprovechan de la indefensión de éstas en situación de precariedad—y de su escasez de

oportunidades sociales. Esta falta de decisión sobre los cuerpos femeninos queda de manifiesto en esta visión distópica en la obra de Pepa Santamaría «La granja» (33x33 cm, 2016) que pone en contraste la fragilidad del bebé donde la economía precaria se impone a la ética por necesidad. Se insinúa, a través de la visión parcial

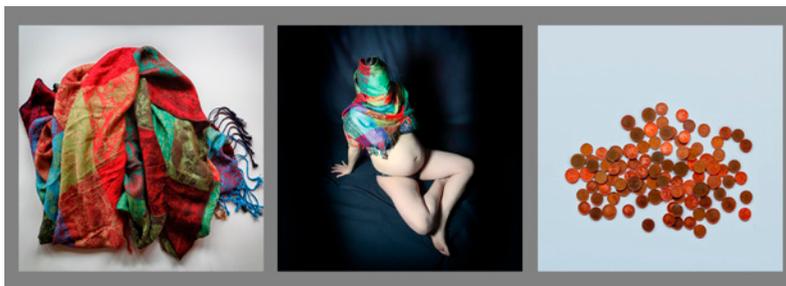


de una vaca, el proceso de explotación que se lleva a cabo en una granja de animales.

Las mujeres que aceptan alquilar sus cuerpos, lo hacen, en muchas ocasiones, desde la necesidad económica, que muestra la sutil relación entre la pobreza y la desigualdad de oportunidades de las mujeres. Si las mujeres que alquilan su útero tuvieran el mismo dinero, la misma educación, las mismas oportunidades, los mismos derechos sociales y personales de hecho, que la persona que alquila su vientre ¿habría alquilado su cuerpo? ¿Podemos decir entonces que

hay libertad de decisión? Esta situación es similar, en su concepción ética, a la prostitución: «Llamar libertad de elección a escoger entre prostitución y no comer, es un ejercicio de cinismo», comenta Nuria Varela (2017). Como de igual manera es cínico ignorar que los vientres de alquiler se nutren de la feminización de la pobreza, y que como Saskia Sassen (2003) nos hace ver, es una nueva forma de explotación global del cuerpo de las mujeres que se vislumbra como un lucrativo negocio.

La serie fotográfica de Miren Atxaga «Alokaturako sabel anonimoa» (Tríptico 33x33 cm, 2018) nos acerca al uso perverso del lenguaje en los medios de comunicación cuando se habla de maternidad cuando la protagonista de la gestación queda en el anonimato y desaparece bajo un contrato mercantil que la artista ha representado con dos objetos en contraste: un pañuelo y unas monedas. El lenguaje esconde, bajo el eufemismo de la «maternidad», la gestación anónima y descarnada.



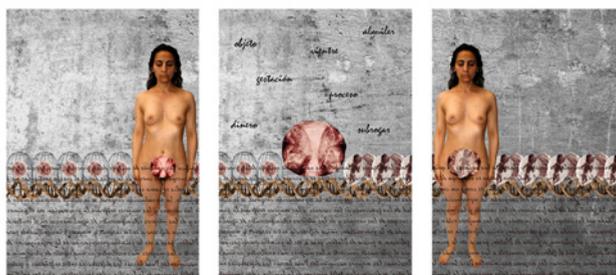
La práctica de los vientres de alquiler se está extendiendo cada vez más en distintos países, especialmente en aquellos que tienen legislaciones más laxas en donde se protege menos al individuo. Este negocio mueve grandes cantidades de dinero entre clínicas especializadas (sólo en la India, hasta el año 2015 había doscientas mil), agentes, y otros suculentos negocios alrededor de esta actividad. No obstante, la nueva legislación, «... tras la aprobación de la nueva ley en noviembre de 2016,

solo permite el acceso a la maternidad subrogada a matrimonios indios con problemas de fertilidad, y además, únicamente de forma altruista»<sup>1</sup>.

En algunos países en desarrollo se habla incluso de «granjas de mujeres» en donde la necesidad lleva a algunas mujeres en situación económica precaria a exponerse a esta práctica para ayudar a sus familias a subsistir. En algunas ocasiones no son ellas quienes eligen esta opción, sino que son vendidas u obligadas por sus familias. El comercio internacional de vientres de alquiler utiliza la deslocalización mundial para favorecer los bajos costes y la indefensión de estas mujeres. Por ejemplo: el contrato se puede hacer en Bélgica, los materiales



genéticos pueden ser de Estados Unidos y la madre gestante de Ucrania. La subrogación gestacional hace desaparecer a la gestante, la invisibiliza, la cosifica, borra su vinculación como madre con el bebé. Como apunta Beatriz Gimeno (2017), este comercio fragmenta e impide ver la relación existente entre mercado, desigualdad y libertad individual. De esta manera, precariza la situación de las mujeres, las empobrece, deteriora su libertad y su capacidad de acción. Viriviana Duncan subraya este carácter transcultural con su obra «Mi Sombra» (42x33 cm, 2017) a través del intercambio de divisas, elemento que une todos los fragmentos de la deslocalización comercial. Este tipo de mecanismos favorece un turismo gestacional, en el que, de nuevo, como en el turismo sexual, se ven implicadas una serie de partes con dinero, que abusan de la pobreza de otros/as para su propio beneficio y deseo.



Sandra Parra incide en su tríptico «Uterus Redditum» (100x42 cm, 2018) sobre la serialización de la reproducción y la transformación simbólica y eficaz

1 Disponible en: <https://www.babygest.es/india/>

de un útero como «fábrica» para el mercado. Se trata de un mercado de recursos: semen, óvulos, embriones y úteros fecundables, entendidos como mercancías. En esta cuestión, el tríptico conecta con la instalación de Silvia Martínez Cano «A la carta» (instalación, 2018) donde la deshumanización del fragmento es tan significativa que es posible desde un control genético elegir el mejor recurso para ser implantado en el útero de otra mujer.

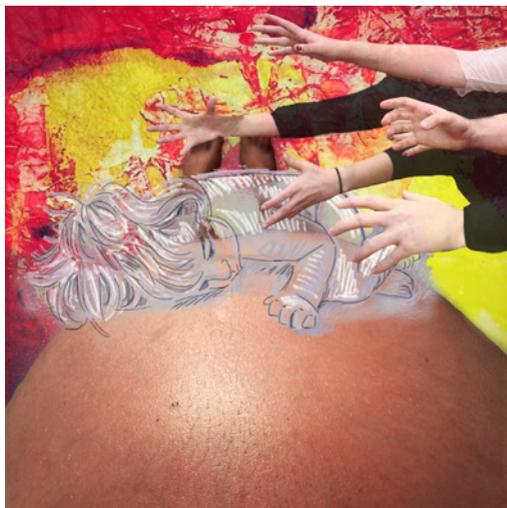
La artista propone ir encendiendo luces de la instalación, en función de los gustos y preferencias: forma del pelo, color de piel, complexión corporal, color de ojos... No podemos medir por ahora las consecuencias biológicas, psicológicas, culturales y sociales derivadas de elegir descendencia a la carta. Lo cierto es que modifica claramente la relación entre generaciones humanas y el concepto de alteridad, en cuanto a responsabilidad y cuidado del otro.

Por otro lado, no podemos entender el embarazo como un proceso aislado de la vida de las mujeres. Poner precio a un embarazo es eliminar/invisibilizar a los dos protagonistas principales de este proceso vital: la mujer y el bebé. Los embarazos son procesos vitales donde entra en juego no solo el cuerpo de las mujeres, sino todas sus relaciones y vínculos con su entorno. Como observa Beatriz Gimeno:

El esfuerzo, los riesgos, la salud, las sensaciones, el insomnio, la pesadez, los cambios hormonales, físicos y psicológicos, los cambios sociales, con su pareja o con sus círculos cercanos o familiares; no hay diferencia entre un embarazo con embrión propio o ajeno. El cuerpo se pone de la misma manera, la subjetividad se ve interpelada de idéntica forma (Gimeno, 2017).

No se tienen en cuenta las secuelas físicas y psicológicas de la madre que entrega a un/a hijo/a, las que repiten el alquiler de su vientre para poder subsistir, o las que tienen complicaciones en el embarazo y el parto y los esfuerzos se centran en preservar la vida del bebé y no la de la madre a través de métodos que pueden ser agresivos hacia la vida de la mujer.

Por otro lado, las «bondades» con las que se vende a la opinión pública la maternidad subrogada no muestran el reverso de estos procesos de alquiler en las nuevas vidas que se gestan. Nos referimos a aquellos casos de bebés que nacen con enfermedades o malformaciones o complicaciones derivadas del parto, de los cuales las agencias intermediarias no se hacen cargo y quedan en absoluta indefensión, por no decir en riesgo de muerte si sus madres biológicas no se quieren hacer cargo de ellos. Paz Barreiro asemeja la relación con un bebé a la relación que se podría tener





con un perro, es decir, comprender las relaciones desde el deseo propio, que no acepta un defecto o variación en la exigencia inicial. «Niño alambicado» (33x33 cm, 2017) denuncia la actitud autocentrada que exige («¡como a mí me gusta!») una perfección sobre el producto final.

El proyecto «Vientres de Alquiler» de EmPoderArte busca así provocar estas derivas en el debate de la maternidad subrogada, para crear conciencia en contra del uso y abuso del cuerpo de las mujeres que proporcionan hijos/as a terceros. Denunciamos la cosificación del cuerpo de las mujeres. Proponemos

un debate social que tenga en cuenta la situación de las mujeres protagonistas y que deje de banalizar su cuerpo, reduciendo los embarazos a procesos físicos que se pueden mercantilizar. Lo hacemos con imágenes y símbolos, para construir un imaginario que contrarreste las imágenes estereotipadas y falsamente placenteras del alquiler de vientres. Para nosotras es evidente que el Estado debe proteger a los grupos de personas más vulnerables. Así como prohíbe la venta de órganos, incluso la venta de sangre, tiene también que establecer claramente mediante leyes la invulnerabilidad del cuerpo de las mujeres.

La Asociación Internacional de Mujeres Artistas EmPoderArte, (web: [www.asociacion-empoderarte.org](http://www.asociacion-empoderarte.org)), surgida en 2014, está formada por cerca de 50 socias de reconocida trayectoria profesional, que desarrollan su actividad en torno a la crítica social desde una perspectiva feminista. Sus objetivos son conseguir una mayor visibilidad de la mujer en el arte, luchar a favor de la equidad entre mujeres y hombres y denunciar la violencia machista. Las obras producidas por las artistas de EmPoderArte son creadas expresamente para la temática expositiva de cada proyecto, con el objetivo de visibilizar la problemática sobre la que profundiza.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- COBO, Rosa (2011). *Hacia una nueva política sexual*, Madrid: Catarata.
- GIMENO, Beatriz (2017). Mercado de vientres. Disponible en: [https://elpais.com/elpais/2017/02/13/opinion/1487011358\\_053416.html](https://elpais.com/elpais/2017/02/13/opinion/1487011358_053416.html) (Fecha de consulta: 04/07/18).
- HARCORT, Wendy (2011). *Desarrollo y políticas corporales*, Barcelona: Edicions Bellaterra.
- MIYARES, Alicia (2017). *Secretos y mentiras de la gestación subrogada*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=ArvZb75Rm34> (Fecha de consulta: 04/07/18).

- VARELA, Nuria (2017). *Cansadas*, Madrid: Ediciones B.
- SASSEN, Saskia (2003). *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- RODRÍGUEZ MAGDA, Rosa María (ed.) (2015). *Sin género de dudas*, Madrid: Biblioteca Nueva.